



Champagnat está enfermo

H. Óscar Martín Vicario



Esta sencilla meditación ha nacido de la experiencia que estamos viviendo en los últimos meses. La situación de pandemia, la crisis globalizada, la multitud de enfermos y fallecidos en todo el mundo... nos ha obligado a todos a resituarnos y cambiar nuestra mirada.

Cada día recibimos noticias o avisos de personas que enferman o mueren, de conocidos, amigos, familiares, hermanos de nuestro Instituto que se contagian... Y eso provoca en nosotros, así lo vivo yo, sentimientos intensos y no siempre fáciles de gestionar. Nos preocupa nuestra propia salud, la de nuestros hermanos y la de los seres queridos. Vivimos, cada uno de un modo, experiencias de incertidumbre, miedos, desorientación. Y quizá tenemos que resituarnos ante la enfermedad o la fragilidad.

También puede asaltarnos, como a mí me ha pasado, el deseo de ser más activo en la ayuda a las víctimas y los que sufren. El testimonio de entrega de tantos sanitarios, de tantos sacerdotes, religiosos y religiosas, de muchos maristas en el mundo, hermanos y laicos, es valiosísimo, valiente e interpelante. ¿Quizá yo soy demasiado prudente? ¿Quizá lo mejor es actuar así, y cumplir las recomendaciones sanitarias y preventivas? ¿O quizá es tiempo de mayor audacia y compromiso con los que hoy más necesitan?

Algo de esto estoy viviendo y, mientras intento desaprender algunas de mis viejas seguridades e intento reposicionarme... también me asaltó hace tiempo una pregunta y una nueva forma de enfocar: ¿Cómo afrontar todo esto desde mi vocación marista? ¿Hay un modo "marista" de vivir una crisis? ¿Cómo vivieron los primeros hermanos este aspecto de las dolencias y las pérdidas? ¿Cómo reaccionaron, en concreto, cuando se les anunciaba que el Padre Champagnat, fundador, padre, mentor, amigo, estaba enfermo? Y, finalmente, ¿cómo vivió el propio Marcelino su enfermedad?

Quizá esta mirada diferente nos ayude, o al menos a mí me está ayudando. Siempre me ha impresionado aquella escena tantas veces relatada de Champagnat enfermo, abatido en la cama, sabiendo del desánimo de los suyos, de los problemas de la congregación,... y cómo Marcelino, apoyado en el brazo del H. Estanislao y sacando fuerzas de flaqueza, se puso en pie con dificultad, y entró en la sala de comunidad.

Quizá los hermanos no estaban acostumbrados al Champagnat doliente, enfermo, frágil. Pero quizá verle en ese estado y, aun así, en pie, cambió algo en la historia y en el futuro del naciente Instituto.

Así ha nacido este texto, con el deseo de proponerme y proponernos: ¿Por qué no mirar a Marcelino Champagnat con esta perspectiva? Acostumbrados a fijarnos en las cualidades de Champagnat, en su audacia, su coraje, su dinamismo... quizá sea este un buen momento para ver también otra faceta del Fundador: su relación con la enfermedad, con la debilidad, con el dolor.

Todo esto que escribo es, por ello, un espacio para compartir mis vivencias en este momento y más que un estudio en profundidad, quiero que sea una meditación. Y una invitación a detener nuestra mirada en el Champagnat débil, enfermo, vulnerable al que quizá no estamos acostumbrados a contemplar.

Por eso, la clave de lectura para esta reflexión la encuentro en el Documento de nuestro XXII Capítulo General, cuando nos invita a “experimentar nuestra vulnerabilidad como un lugar de fecundidad y de libertad”¹. Esa es parte de la reflexión que hoy nos planteamos, intentando entender cómo vivió Marcelino sus experiencias de vulnerabilidad o enfermedad.

¿Experimento y experimentamos en verdad los momentos de crisis, debilidad, flaqueza... como un tiempo fecundo? ¿Aparece o ha aparecido este sentimiento en los actuales tiempos de pandemia, en la enfermedad personal o de personas cercanas? ¿Qué frutos produce esa supuestamente fecunda vulnerabilidad en mí?

Esta es una reflexión que tendrá que continuar. Cuántas personas, quizá nosotros mismos o alguien cercano en nuestro entorno, han experimentado cómo una grave enfermedad, un accidente, o una crisis personal les ha cambiado la vida, la forma de posicionarse, la perspectiva de su existencia. Yo recuerdo y aún siento con intensidad cómo me afectó y me ha cambiado en algunos aspectos la enfermedad y muerte de mi madre hace unos pocos años.

Porque, ciertamente, el sentirnos y aceptarnos pequeños y necesitados es una dimensión que, contrariamente a lo que podía parecer, nos cuestiona y, de algún modo, también nos enriquece y nos hace más conscientes y más libres. Nos libera de imágenes y poses, de falso poder, de seguridades basadas en nosotros mismos. Y, sobre todo, del peligro de vivir autorreferencialmente y centrados en nosotros mismos, como tantas veces ha repetido el Papa Francisco²

Muchos estudios realmente rigurosos desde el punto de vista histórico han reflexionado sobre las crisis apostólicas, institucionales, políticas, eclesiales, existenciales que Champagnat vivió. Son sin duda, otra fuente de conocimiento y otra interesante mirada a su itinerario vital y espiritual. Porque, como la vida nos lo enseña a cada uno, la presencia del Dios todo-misericordia suele hacerse más elocuente y cercana cuando somos o nos sentimos “vulnerables y lastimados”³.

Por eso, en este momento, ponemos especialmente nuestro foco en la enfermedad y en cómo Marcelino se relacionó con ella. Y, pedagógicamente, propongo detenernos en tres pasos: mirando a su relación con los enfermos y su cuidado preferencial; subrayando especialmente su atención a los Hermanos en situación de enfermedad; y, finalmente, contemplando al propio Fundador enfermo y sufriente.

1 Mensaje del XXII Capítulo general, área Hermanos.

2 Lo explica muy bien Francesc Torralba en su “Diccionario Bergoglio” Ed. San Pablo: “Frente a la autorreferencialidad o al hermetismo de la conciencia, el papa Francisco reivindica salir de uno mismo, realizar el movimiento, siempre incierto y de consecuencias desconocidas, de salir hacia a fuera, lo cual significa abrirse al otro y estar dispuesto a hospedarle”

3 Agua de la Roca, 57: “Todas las personas y acontecimientos de la vida nos brindan la oportunidad de encontrar a Dios misericordioso. Tal vez hallamos a Dios más cerca cuando nos sentimos vulnerables y lastimados”

1. Champagnat, “cuidador” de los enfermos

Decía el sociólogo Alain Touraine recientemente que la crisis de la pandemia y del Covid va a traer a nuestra sociedad algunos cambios interesantes... entre ellos el descubrir la “sociedad de los cuidadores”⁴. Ciertamente, el cuidado como actitud vital, y en particular el cuidado a los enfermos son un signo interpelante hoy.

Mirar ahora al padre Champagnat y su particular cuidado de los enfermos, da nueva luz a esta meditación.

Ciertamente, no es una actitud única u original de Champagnat. Entre las tareas propias de los sacerdotes de su época (y de siempre), el cuidado a pobres y enfermos ha sido y es una tarea pastoral prioritaria.

En el caso de Marcelino esta atención y cuidado fue sin duda significativa a lo largo de su vida. Tenemos varios testimonios de cómo ya siendo seminarista incluía en sus actividades vacacionales el visitar y acompañar enfermos. “Organizaba cuidadosamente su vida espiritual durante aquellos períodos de descanso: oración, ayuno, visita a los enfermos, catequesis a los jóvenes”⁵.

Esta sensibilidad que ya mostraba de joven, y que también vivía durante las diferentes etapas de su formación,⁶ se multiplicó cuando fue ordenado sacerdote y encargado de la cura pastoral en La Valla.

Y aunque esta fuese una tarea habitual, los testimonios que tenemos sobre Champagnat hablan de que su celo y delicada atención hacia los niños sin escuela, los enfermos, los ancianos en soledad o los abandonados... fueron en su caso excepcionales.

Esto le llevaría incluso, más adelante en su vida, a que el Hermitage llegaría a convertirse también en espacio de acogida y residencia para ancianos o para huérfanos de la zona⁷. El ardiente corazón del Fundador era, sin duda, un corazón compasivo y generoso, porque estaba lleno del amor de Dios.

El padre Champagnat, según aparece recogido y relatado en su biografía “estaba siempre disponible; siempre pronto para sustituir (al párroco) cuando había que llevar el viático a los enfermos que se encontraban en los caseríos más lejanos, o en las funciones más pesadas del sagrado ministerio”⁸

Quizá por eso, esta sensibilidad y atención de nuestro Fundador nos ha quedado hoy como herencia espiritual y como “estilo” marista de apostolado y de inserción en las realidades en las que vivimos:

⁴ “Y creo que entramos en un nuevo tipo de sociedad: una sociedad de servicios, como decían los economistas, pero de servicios entre humanos. Esta crisis empujará hacia arriba la categoría de los cuidadores” (Alain Touraine, entrevistado en el periódico El País, 29 Marzo de 2020)

⁵ En una lista de propósitos vacacionales, se lee: “Si en el pueblo hubiere algún enfermo u otra persona que necesite mi consejo, aprovecharé para visitarlos” (pag. 28). Seguimos la biografía del H. Juan Bautista Furet: “Vida de José Benito Marcelino Champagnat” Edición del Bicentenario, formato digital: <http://old.champagnat.org/510.php?a=1a&id=2710>

⁶ “Ni los recreos eran para él tiempo perdido. Los empleaba en conversaciones edificantes con sus compañeros o en actos de caridad, como servir a los enfermos, decorar los altares...” (Vida, pág 26).

⁷ También en las escuelas maristas se acogía, desde los inicios, a alumnos muy necesitados. Es muy interesante el estudio del H. André Lanfrey sobre alumnos pensionados y pupilos, en Cuadernos maristas nº 36, págs. 75 y ss.

⁸ Vida, Juan Bautista Furet, pág 39. “Cuando se enteraba de que había un enfermo, iba a visitarlo. Nada le arredraba, ni las inclemencias del tiempo, ni la lluvia, ni la nieve cuando había que llevar los consuelos de la religión a un enfermo”.

“Dios se nos revela a través de aquellos con quienes nos encontramos.

Los niños y jóvenes, los ancianos, los miembros de nuestras familias y comunidades, los refugiados y prisioneros, los enfermos y quienes los cuidan, nuestros compañeros de trabajo y vecinos, todos ellos son espejos en los que se refleja el Dios de la vida y del amor”⁹.

De ese modo, nosotros podemos compartir o incluso recrear en nuestros días algo de esa espiritualidad de Marcelino, una espiritualidad del corazón compasivo, de la sensibilidad hacia las personas y sus problemas concretos, de descubrir la presencia de Dios en todas las circunstancias, todos los lugares y todos los hombres y, de un modo aún más elocuente, en los niños y en los sufrientes.

Hablamos, por lo tanto, de una espiritualidad encarnada, de una espiritualidad verdaderamente apostólica, de una espiritualidad mariana que aprende la atención de María a las necesidades de todos: salió de prisa a ayudar a su prima, intercedió por los novios que se habían quedado sin vino, y se mantuvo en pie junto a la cruz donde el sufriente en ese difícil momento era el hijo de su corazón.¹⁰

No es nuestro carisma ni nuestro apostolado específico cuidar de los enfermos. Pero sí es parte de nuestra sensibilidad y nuestra encarnación evangélica, siempre atenta a priorizar a los pobres y los últimos.

Hoy, en la llamada capitular a los maristas de todo el mundo para que seamos “el rostro y las manos de la tierna misericordia de Dios”¹¹, resuena vivamente la pasión de Marcelino y su compromiso concreto.

La famosa frase del Fundador: “creo que si pudiera reunir el sudor que he vertido en mis correrías por estos valles, ¡tendría suficiente para tomar un baño!” se entiende mejor cuando sabemos cuáles son la razón y la sensibilidad que subyacen a todos esos desvelos: “si he sudado tanto, también me queda la grata satisfacción de que, gracias a Dios, ningún enfermo se murió sin que llegara a tiempo para atenderlo en sus últimos instantes. Ése es para mí uno de mis mayores consuelos.”¹²

Y no olvidemos que, además, fue probablemente junto a la cama de un joven enfermo, (o de muchos niños enfermos, sin recursos, sin escuela y sin conocimiento de Dios), donde el sueño de Champagnat empezó a mirar a nuevos horizontes...¹³



⁹ Agua de la roca, 55.

¹⁰ Lc 1,39; Jn 2,3; Jn 19, 25

¹¹ Mensaje del XXII Capítulo general

¹² Vida, Juan Bautista Furet, pág. 50

¹³ Vida Juan Bautista Furet, pág 52. Este episodio ha sido, no obstante, releído y profundamente resituado en un interesante estudio del H. André Lanfrey. Ver Cuadernos Maristas nº 35, págs. 27ss



2. Atención a los Hermanos enfermos

Aunque sea en parte continuación de la reflexión anterior, quiero detenerme un momento en esta otra faceta: si Champagnat cuidaba con afecto y generosidad de todos los enfermos, sus cuidados se hacían especialmente delicados y paternales hacia los Hermanos.

El estilo e incluso la “vocación” fraterna de Marcelino se manifestó de muchas formas a lo largo de su vida, y podemos decir que es parte de su espiritualidad y carisma. Creyó en la vocación de “hermano”, compartió su vida desde el inicio, cuidó amorosamente de las comunidades, e hizo de la fraternidad compartida un elemento definitorio de la congregación de los Hermanitos de María.

Esa convicción y esa mirada atenta, se hicieron el rasgo predominante en la relación del Fundador con sus hermanos, relación que ha sido descrita por los propios hermanos diciendo: “una madre no tiene más ternura con sus hijos que la que él nos prodigaba”, y definiendo su carácter como “alegre y suave, pero firme”¹⁴.

Cuando nuestros textos esenciales nos invitan a actitudes atentas y pacientes con los enfermos, nos recuerdan algo que debería sernos connatural a nuestro nombre. “Todos los hermanos, especialmente los Animadores de comunidad, se muestran bondadosos y pacientes con los hermanos enfermos. Los visitan, los animan y rezan por

¹⁴ Testimonio del H. Lorenzo sobre Marcelino Champagnat: <http://old.champagnat.org/510.php?a=4a&id=4213>

ellos”¹⁵. Es esta una faceta que necesita revisarse y recrearse siempre. Así lo expresa vivamente un fragmento de la biografía del fundador:

Otro de los reproches que se hacía y que también comunicó al H. Francisco, era no haber visitado suficientemente a los Hermanos enfermos. También en esto la conciencia timorata del buen Padre y su afecto a los Hermanos le movían a reprocharse algo que no merecía, pues los enfermos habían sido siempre sus preferidos y no habían ahorrado nada para aliviarlos, si estaba en su mano. Había mandado construir una sala para instalar una enfermería cómoda. También montó, sin escatimar gastos, una farmacia con toda clase de medicamentos y varios Hermanos, formados en el cuidado de los enfermos, les prodigaban las mayores atenciones. Cuando un Hermano caía enfermo en una escuela, el piadoso Superior lo hacía venir o mandaba traerlo para que estuviera mejor atendido.

Al enterarse un día de la enfermedad de un Hermano al que no podían traer a la casa madre por la gravedad e índole de la enfermedad, se le saltaron las lágrimas y exclamó: “¡Ah, mucho me temo que dejen sufrir a ese Hermano! ¿Cuánto me gustaría que estuviera aquí para cuidarlo! Daría cuanto tengo por aliviarlo.”¹⁶

Esa misma preocupación e interés constante de Champagnat estaban en momentos claves de nuestro naciente Instituto: al atender al enfermo joven Montagne, como ya hemos referido; o en el episodio tan interperante del Acordaos en la nieve, motivado por el deseo de visitar a un hermano enfermo, incluso sobrepasando los límites de la prudencia.¹⁷

El cuidado de los enfermos es una actitud enraizada en nuestra propia humanidad y profundamente evangélica (inseparablemente). Yo añadiría aún más, verdaderamente mariana. En su última carta, el Papa Francisco ha elogiado, como se ha hecho desde tantas instancias, la labor de los cuidadores en estos tiempos de pandemia.¹⁸

3. Champagnat enfermo

“La espiritualidad de la sencillez te ayuda a aceptar tus fortalezas y debilidades y estar en paz contigo mismo”.¹⁹ Este texto de la Regla de Vida introduce y explica muy bien la última parte de la meditación, y en la que se centra todo este escrito.

Miremos ahora a Champagnat frágil, contemplemos no sólo su actitud ante los enfermos sino también cómo vivió su propia enfermedad, recordemos cómo él supo integrar las fortalezas, pero también las debilidades... Y observemos, al mismo tiempo, a un hombre también postrado, convaleciente, necesitado de ayuda, que probablemente experimentó algunas de las dudas, interrogantes y temores que nosotros vivimos hoy.

Quiero repasar tres momentos de enfermedad de Champagnat, que quizá puedan ser especialmente elocuentes:

¹⁵ Estatuto 38.1

¹⁶ Vida, Juan Bautista Furet, pág. 166

¹⁷ Vida, Juan Bautista Furet, pág 241

¹⁸ Fuimos capaces de reconocer cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes que, sin lugar a dudas, escribieron los acontecimientos decisivos de nuestra historia compartida: médicos, enfermeros y enfermeras, farmacéuticos, empleados de los supermercados, personal de limpieza, cuidadores, transportistas, hombres y mujeres que trabajan para proporcionar servicios esenciales y seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas... comprendieron que nadie se salva solo. (S.S. Francisco, Fratelli tutti 54)

¹⁹ Regla de Vida, 26

a) Marcelino, y su enfermedad en el seminario

Muchas fueron las dificultades de Marcelino en el seminario, y parece que sólo con determinación y constancia pudo afrontarlas y superarlas. Al principio fueron sus dificultades en los estudios, incluyendo su expulsión tras el primer año de seminario menor, que luego fue revocada. Luego vendrían otros retos. Y, entre ellos, uno que podemos destacar es que también estuvo enfermo y se vio obligado a interrumpir sus estudios en el tercer año de teología.

Según su biografía, “la vida austera y mortificada que llevaba, unida a su intensa dedicación al estudio, minaron su salud”.²⁰ Esto, en un joven fuerte y que en general tenía buena salud, fue sin duda un importante contratiempo. No sabemos muchos más detalles del episodio, pero sí nos suscita la pregunta de cómo viviría Marcelino este momento de plena juventud, y qué huellas dejó en su carácter y en su propia sensibilidad hacia la enfermedad y los dolientes.

b) La grave enfermedad de 1825

Marcelino enfermó en la navidad de 1825. Era un periodo de expansión, de apertura de escuelas y comunidades, de intenso cansancio tras haber construido la nueva casa del Hermitage... Quizá los esfuerzos y el trabajo afectaron a su salud. Pero podemos imaginar cuán duro tuvo que ser esto para Marcelino, con 36 años entonces, y en pleno desarrollo de su congregación.

Y fue una enfermedad grave pues, siguiendo aquí el relato biográfico del H. Seán Sammon, se nos dice que “en el plazo de una semana se puso al borde de la muerte”. A la preocupación de la enfermedad, se unieron las preocupaciones añadidas de la fragilidad de su obra naciente y de las deudas: “Algunos acreedores de Marcelino, alarmados por la noticia de su enfermedad, exigieron el pago de sus cantidades inmediatamente. Tanto es así que el Fundador, preparándose para lo peor, redactó su testamento el 6 de enero de 1826”.

Las buenas gestiones del H. Estanislao, los cuidados, el reposo y las atenciones médicas hicieron su efecto: “Marcelino salió de su enfermedad, aunque las secuelas le acompañarían de por vida. Para febrero de 1826 estaba ya en condiciones de volver a sus tareas”²¹

Sin embargo, además de la superación de la enfermedad, hay otra lección importante de esta seria enfermedad de Marcelino que a mí me ha impresionado siempre. Y en estos tiempos de pandemia, de temores y de incertidumbre, me parece especialmente provocativa: quiero volver a la escena a la que aludí al inicio, en la que Champagnat, conociendo los quebrantos de la comunidad y el desánimo de los hermanos... fue capaz de levantarse de la cama (quizá del brazo del propio H. Estanislao) y hacerse presente entre sus queridos hijos.

¿Cómo sacó Champagnat la energía necesaria para hacer esto? ¿Cuánto amaba a sus hermanos para ponerse en pie venciendo la debilidad y correr en su ayuda? Y, sobre todo, ¿cómo no sentirme y sentirnos interpelados por la actitud de un enfermo que “descenrado” de sí mismo, pone por delante a los otros y acude a sostener a los débiles desde su propia fragilidad?

²⁰ Vida, Juan Bautista Furet, pág. 31

²¹ Todas estas citas las tomamos de la biografía “Un corazón sin fronteras”, del H. Sean Sammon, págs. 64 y 65.



He meditado mucho esta escena y, aunque no tenemos detalles sobre ella, a mí me sigue provocando ternura y entusiasmo. Y eso nace de que precisamente en ella se contempla al Champagnat enfermo y vulnerable, pero no por eso vencido o resignado.

Cuántas veces lo evoco, cuando se reza el himno: “Que, cuando llegue el dolor, que yo sé que llegará, no se me enturbie el amor, ni se me nuble la paz”²². Es hermosa la oración pero, sobre todo, es un gesto interpelante ante la tentación del miedo o el egoísmo. Y yo también pido al Señor que, como hizo Champagnat, mi amor no se enturbie por el dolor y se mantenga firme.

De ahí nacen, cómo no, alegría, consuelo, vida nueva. El H. Furet relata que “la reacción que tuvieron cuando el Padre Champagnat apareció por primera vez en comunidad, puede dar una idea del afecto y cariño que le profesaban, de la satisfacción y la dicha que a todos los Hermanos proporcionaba su mejoría”.²³

22 El poema es de Cristina de Arteaga, gran poetisa y monja jerónima fallecida en 1984

23 Vida, Juan Bautista Furet, pág. 104



c) La última enfermedad de Marcelino

Aunque seguramente hubo otros momentos de flaqueza física, a la enfermedad en el seminario y al grave episodio de 1825, añado una breve mirada a la última enfermedad de Champagnat.

Parece que desde la dolencia de 1825 le acompañaron algunos problemas de salud y dolores, especialmente en el costado. Y luego llegaron los ardores estomacales y los vómitos. Tanto es así que su biógrafo sugiere claramente que desde que regresó de París en 1838 se notaba que su fin se acercaba rápidamente.

El invierno de 1839-1840 fue especialmente doloroso y el Fundador siguió empeorando.²⁴ El mes de mayo fue de extrema gravedad: ya no podía celebrar misa, se despidió de los hermanos y vivió en postración y debilidad hasta su muerte, en la mañana del sábado 6 de junio de 1840.

Muchas veces me he preguntado por estos meses de su vida. ¿Cómo viviría alguien tan activo y enérgico la postración continuada desde diciembre de 1839 a Junio de 1840? Porque, aunque la enfermedad de 1825 había sido grave, su convalecencia fue de apenas un mes; pero ahora se trata de un largo proceso de postración, de progresivo empeoramiento y de la conciencia creciente de que se acercaba el fin.

²⁴ Vida, Juan Bautista Furet, pág. 159 y 160: "Pasó muy mal el invierno. Su alimentación se limitaba a caldos, algo de leche u otros alimentos ligeros que sólo podía tomar en pequeña cantidad." "A pesar de los sufrimientos, no quiso eximirse de seguir el reglamento de la casa"

Creo que en algunos momentos, y más en las circunstancias actuales, muchos reflexionamos sobre el ayudar a los enfermos y cuidarlos (como Champagnat hizo tanto y tan bien). Esto se complementa con la actitud también humana y evangélica de “dejarse cuidar”. Y, ciertamente, (lo reconozco en mí mismo pero lo he visto también en muchos hermanos), no estamos muy acostumbrados a que nos cuiden, a mostrarnos vulnerables y a dejarnos atender y ayudar.

Como Pedro, quizá somos de los que preferimos lavar los pies a dejárnoslos lavar... Y me pregunto cómo asumiría Marcelino todos estos meses de debilidad creciente y de más y más necesidad de ayuda. A la vez, imaginar así a Marcelino, me ofrece una nueva perspectiva de lo que este hombre era, desde su profunda humanidad y su honda fe.

Cinco o seis meses de fragilidad, de enfermedad y de miedo son un periodo suficientemente largo para que haga falta un proceso de aceptación. Todos conocemos personas que afrontan la enfermedad de modos diversos, dolientes o resignados, quejosos o valientes, deprimidos o heroicos. Y no deja de ser interesante preguntarme ¿cómo lo asumiré yo?

Los tiempos de pandemia, nada fáciles, me han traído esta pregunta repetidas veces. Muchos repiten aquel principio de que uno muere como ha vivido. Pero me temo que es una fórmula no siempre válida, o no del todo creíble. He acompañado en mi vida a bastantes hermanos enfermos e incluso moribundos y he vivido de cerca el progresivo deterioro, la pérdida de fuerzas o incluso la paulatina demencia de algunos. Y cada uno es diferente ante esto. Y poco o nada me atrevo a decir, pues tengo muchas dudas sobre cómo asumiría yo mismo momentos como esos.

¿Qué me aporta contemplar al Champagnat sufriente? Me aporta el preguntarme por lo que ahora vivo (más que por el hipotético futuro). Me provoca cuestionarme por cómo vivo mis pequeñas o grandes fragilidades o quebrantos cotidianos. Me interpela sobre mi tolerancia al sufrimiento y la frustración. Y también sobre mi lectura creyente de lo que soy y lo que hago.

Hablando de vulnerabilidad y dejarse ayudar, nuestro documento Agua de la Roca dice algo hermoso: “Con humildad tratamos de conocernos, con nuestras fuerzas y debilidades, y aceptamos gustosamente la ayuda que necesitamos. Nos sentimos en paz con nosotros mismos tal como Dios nos ha hecho”²⁵

Ojalá la contemplación de Champagnat enfermo me ayude y nos ayude a vivir con intensidad y con sentido el presente. Y también a caminar, a crecer y a abrir el corazón a Dios, como sólo saben hacerlo los que se sienten débiles, pobres, enfermos o necesitados.

Al igual que se acercaban a Jesús los paralíticos, los ciegos, los leprosos, los padres o madres de tantos dolientes... quisiera saber acercarme a Jesús con lo que soy y decir, con Bartimeo: “Señor, que vea”. Que comprenda. Que acepte. Que ame.

Aunque, quizá, si me paro a mirar a los ojos a Jesús, o si escucho al Dios que habita en mi corazón, me lleve la misma sorpresa que me ha provocado esta forma de mirar a Champagnat enfermo, humano y frágil. Y encontraré a un Dios no tan poderoso ni solucionador. Más bien, estará ahí el Dios omni-débil, todo-fragilidad, humano, encarnado. ¿Un Dios enfermo?

